

# Deseo y acto en Psicoanálisis y Psicología

Javier Porras

Unos años de paso por la Facultad de Psicología hacen entender a cualquiera que hablar bien o mal de algo no produce consecuencias muy distintas. El caso es que «se habla de», y eso es lo opuesto a la indiferencia.

En este sentido ocurre que en los textos de Psicología hay un discurso que aspira los humos del Psicoanálisis. Hay títulos significativos como aquel de «Hechos y palabrería», de Eysenck. El caso es que su demostración no va por el camino de lo que ofrecen, pues no hablan de lo que ellos hacen sino de lo que hacen los otros. Lo que no deja de ser significativo pues la suya es una ciencia de la conducta.

Sin embargo, en los textos del Psicoanálisis no es habitual una crítica a la Psicología. Hay una concentración más precisa sobre el tema que se estudia, pues ése tiene ya suficientes problemas planteados.

Tampoco intentaré aquí una crítica de esa índole. Por el contrario, pienso que entre Psicología y Psicoanálisis no sólo coincide el tipo de síntomas patológicos a tratar, sino que se ha disparado su abordaje en la misma dirección pero en sentido distinto.

Así pues, podemos analizar esos lugares comunes y la lógica de su sentido.

Por ejemplo, el punto de partida es importante. Con uno de los caminos que ha tomado la Psicología se ha puesto a punto la modificación de la conducta. De ahí se parte, no hay nada oculto, y lo que importa es la conducta como tal, ésa que está ahí y que provoca un dolor al sujeto. Lo que obliga a una cierta lógica del cangrejo —en el mejor de los sentidos— es decir, hay que ir hacia atrás, puesto que si esa conducta —un síntoma cualquiera— está ahí es porque anteriormente ha sido aprendida. Y si el aprendizaje ha

consolidado es porque han habido refuerzos en el camino, lo que implica necesariamente al Otro del lenguaje.

En el Psicoanálisis ocurre otra cosa. También hay una conducta pero aquí constituye ésta el punto de llegada. Se trata de un acto pero es la acción del sujeto quien lo determina en el punto en que ahí él realiza su deseo. Y, en tanto que es su propia acción quien lo demuestra, él puede llegar a entenderlo.

No se busca ahora lo que ha aprendido, pues el Otro ha sido buscado y hallado primero; su conducta será posterior.

Esto es fácilmente reconocible en aquel consejo que daba Freud a sus pacientes en las primeras sesiones del tratamiento: «No tome decisiones importantes, aplácelas; hablemos primero». Hablar antes que actuar. Y, en efecto, le hablaban, a Freud, a ese Otro que les prometía oír pacientemente sus palabras. Él no les enseñaba; pero ellos aprendían. El camino de su discurso los conducía lentamente hacia **la sorpresa**, pues su acto posterior desmentía los programas que habían trazado mientras hablaban. (Tal el reproche de los pueblos a sus gobernantes tras una campaña electoral prometedora.) Si en algo podían llegar a creer era en su acto pues lo movía su deseo, a pesar de todos sus dichos. «Yo creía que lo amaba y, sin embargo...»

Afectos distintos cuando la lógica de sus palabras no permitía al sujeto ninguna escapatoria. «¿No ve la conclusión que se impone?», decía Freud con toda delicadeza a Isabel de R., una de sus encantadoras analizantes, en un momento en que aún su teoría no podía llamarse radicalmente psicoanalítica.

Difícilmente podía Isabel de R. creer plenamente en sus propias palabras después de esa intervención

de Freud. A partir de ahí, ya no tenía más remedio que creer en su deseo.

Hay entonces un recorrido desde la palabra hasta la conducta que la pone en cuestión y eso permite al sujeto tomar sus seguridades de su propio acto.

Por el otro lado, por el lado de la Psicología, en la medida en que es un movimiento inverso que parte de la conducta, eso instala al sujeto fuera de **la sorpresa**, pues lo que halla después es la palabra. Ya se sabe que cuando alguien habla no suele sorprenderse. Es ésta una cualidad reservada para algunos seres muy especiales. ¿Quién se encuentra a sí mismo en el momento en que habla? Nadie, a no ser que un acto de su analista le indique el punto exacto donde encontrar su ser de deseo.

Siendo así, el diagnóstico se distancia del modelo médico, pues el conjunto de síntomas es del sujeto. En cambio, su deseo, llevado de la mano de su fantasía, incluye al analista como parte suya.

Que el deseo del sujeto sea el deseo del Otro no quita que él tenga también uno.

En cambio, decir que todo es influencia del ambiente no impide que el diagnóstico psicológico vaya en contra de esta misma hipótesis, ya que al tomar el conjunto de los síntomas que son propios de un sujeto sin considerar la estructura del deseo que los sostiene desde su fantasía —lo que incluye al terapeuta—, eso constituye considerar a un sujeto en sus síntomas, sin considerar la influencia del Otro.

En esta manera de entender la Psicología que comentamos, el acto, la conducta de la que se trata es la del sujeto, mientras que su terapeuta es el que habla.

Es lógico que cuando el Otro ejerce su acto eso motive al sujeto para conseguir el suyo propio.



Y también es lógico que si, de otro modo, el terapeuta ejerce su palabra, el sujeto quiera conseguir la suya. De ahí que no tome confianza sino en las palabras.

Pero se dice aquello que del hombre hay que considerar sus obras. Por esto su palabra sólo toma valor cuando ella correlaciona con su acto. En caso contrario —que es lo más frecuente, incluso inevitable de un modo estructural—, no sirve para mucho.

Que con el perro de Pavlov lo importante sea que segregaba saliva —esa conducta—, ante un estímulo condicionado, ello no quita que, por mucho que se lo olvide, alguien tuvo que accionar la campana. Incluso el diseño del experimento, pues el perro es «de Pavlov» y no simplemente perro.

De ahí que la figura del Otro, por poco que se la considere, no deja de promover los efectos.

Con eso, el perro llega a aprenderlo, pero, ¿es porque se lo han enseñado?

Veamos. A un perro, que le segregue saliva ante la carne, es lo convenido, pues sus mandíbulas devoran el instinto.

Es un poco distinto cuando un ser humano devora los libros, pues así se convierte en su peor enemigo. Al menos eso es lo que decía un escrito conocido.

¿Qué ocurre en ese caso? Pues que él acaba por aprender. ¿A qué? A desenvolverlos, pues a su juicio están para eso. Los libros se lo enseñan todo, son sus mejores maestros.

Y, ¿no ocurre que basta con que el maestro esté obsesionado por enseñar para que el alumno esté obsesionado en no aprender?

Por ello es mucho más oportuno encaminar las cuestiones por el lado del aprendizaje. Aunque haya que preguntarse qué efecto se produce cuando el maestro enseña la campana, incluso la luz que anuncia la carne del libro.

El maestro conoce el interruptor porque sabe lo que ese animal desea —de ahí que su conducta de segregación de saliva muestre un deseo devorador.

El **saber** tiende hacia el sujeto puesto que éste pide ese saber, le interesa y lo necesita porque apunta a lo que él quiere. Este movimiento describe la calidad del saber.

En cambio, la cantidad del saber —lo que podemos llamar **conoci-**



**miento**—, no apunta sino a la ignorancia — es un hecho de estructura y no algo peyorativo. El conocimiento como cantidad es lo que se puede enseñar. Pero el saber en tanto que calidad del sujeto que lo pide obliga a cierta prudencia, pues lo pide, no para que le sea dado, sino para que le sea permitido obtenerlo por sus propios medios.

El conocimiento, en tanto que cantidad de información es aliado de un poder. Y así como la técnica se nutre de la ciencia, el conocimiento se nutre del saber.

La técnica es un conjunto de conocimientos posibles de controlar por su poder establecido. Un gobierno puede secuestrar a un técnico obligarlo a construir un arma. Con un científico es más difícil. A Einstein, los comunistas le llamaban capitalista y los capitalistas le llamaban comunista. Los alemanes, judío, y los judíos, en fin... Por su parte, Galileo abjuró, pero no del todo.

Un científico sabe qué es eso; el técnico aprende cómo se hace.

La expulsión de J. Lacan de la IPA fue debida a una cuestión técnica.

La Asociación marca el tiempo de las sesiones de análisis. Un tiempo fijo que todo analista debe cumplir.

J. Lacan, que sabía qué era eso del Psicoanálisis y, por tanto, cómo se hacía, planteó un cambio en esa pauta. El tiempo podía ser variable y dio sus razones para ello. Lo echaron. El poder no atiende a razones.

Ese cambio podía llevar a algunos de esos que sabían cómo se hacía a interrogarse sobre qué era eso que hacían. No podían permitirlo de ningún modo. ¡Con el trabajo que se habían tomado para llegar a ignorarlo!

Y eso que Freud lo había advertido: «No hay una técnica analítica propiamente dicha, al andar se hace camino...»

Pero sí hay saber analítico. El sujeto pone en juego su deseo y apuesta por él con quien supone que sabe cuál es. No hay técnica posible cuando se trata de las estrategias del deseo que cada sujeto desarrolla en el camino que ha trazado en su vida.

El Psicoanálisis apunta hacia ese deseo congelando el acto, aplazándolo para que ocurra después y sólo después de la palabra. Una vez que ésta despliega todos sus tentáculos y agota todas las posibilidades de convencerse e insistir en lo que el Otro quiere oír —aunque sólo sea porque lo ignora, y hacérselo ignorar es tarea del analista—, sólo en ese momento podrá decir lo que él quiera verdaderamente. Tal vez su acto sea ahora distinto cuando el deseo que lo sostiene se le revela con cierta crudeza.

Por el contrario, la Psicología, en la medida que elabora sus técnicas de modificación de conducta apunta hacia el acto, congelando el deseo que lo soporta. Las causas pueden esperar. No hay aprendizaje ahí sobre el propio deseo, sencillamente porque hay enseñanza de una nueva conducta. Las técnicas aversivas, las técnicas de desensibilización sistemática, etc. tienen ese cometido.

El perro de Pavlov no encontró en su camino a la «perestroika». Por primera vez, ahora, en Rusia, con la apertura que lleva a cabo el gobierno, se permite la publicación de la obra de Freud y, aún así, los editores están encontrando bastantes problemas burocráticos.

¿Acaso no iba a servir de nada que España fuera uno de los primeros países que tradujeran los escritos freudianos? Al menos están ahí y pueden ser leídos.